

SANTIAGO PEREA GONZÁLEZ

Sin título



éride ediciones

Capítulo 1

Las once y treinta y dos minutos

—Cinco días después, Comisaría de Policía—

La comisaría de Policía estaba rebosando de actividad. Llamadas telefónicas, gritos de oficiales, zapatos caminando y la voz de una presentadora de noticiero contribuían al creciente pandemio. Inspectores, comisionados, tenientes y agentes cruzaban la sala de un lado para el otro como abejas nerviosas en el interior de un panal. Los papeles pasaban de mano en mano; había miles de dedos tecleando sobre las computadoras. Siempre había mucho trabajo por hacer, especialmente cuando acababan de encontrar un cuerpo eviscerado en uno de los callejones de la ciudad.

El comisario general revisaba en su oficina los papeles del caso de forma minuciosa. No era la primera vez que ocurría un crimen así; por lo que los mejores policías de la ciudad no se habían mostrado muy sorprendidos o interesados. Sin embargo, él encontraba algo extraño en todo ello, y había querido tomar el caso. No muchos años atrás había sido asignado como comisario general, lo que significaba que estaba retenido detrás de un escritorio la mayor parte del tiempo. Y aun así, continuaba tomando casos como si continuara siendo un detective.

Jeff Yautz suspiró pesadamente, tratando de calmarse. El estrés acumulado en su carrera parecía superar el de cualquier

otra. Varios cabellos plateados comenzaban a adornar ya su cabeza y su bigote, al igual que la formación permanente de arrugas en su frente y la aparición de largas ojeras debajo de sus ojos. Se llevó una mano a la frente y, tocando sus tupidas cejas, repasó el caso por enésima vez.

Decidió enfocarse en ir al centro de todo, a lo que más le había llamado la atención. En las manos ensangrentadas del cadáver habían hallado una imagen perturbadora; una fotografía tomada por la Policía tiempo atrás. En ella, se podía admirar a una adolescente de tez blanca y de cabello pelirrojo. La mujer había sido hallada en su casa, recostada en un sillón, con los intestinos fuera y con sus cuencas oculares reemplazadas por dos cucharas metálicas. Jeff, investigando un poco, logró descubrir archivos sobre el suceso en la central de Policía.

Para su desgracia, se trataba de un caso inconcluso cuyas respuestas nunca habían sido reveladas. Hubo sospechosos; pero jamás se le asignó un rostro al asesino. No obstante, el padre de la muchacha había desaparecido misteriosamente, y debido a varios rumores todo parecía indicar que él la había asesinado. Se llevó a cabo una búsqueda exhaustiva para encontrarle, pero el hombre parecía haberse desvanecido en el aire. Según el reporte, tampoco se había logrado extraer mucho del lugar, que había sido barrido hasta el más mínimo centímetro por el homicida.

Los ojos de Yautz saltaron de una fotografía a la otra con velocidad. La única similitud que compartía aquella víctima del pasado con el cuerpo que acababan de encontrar recientemente era que ambos habían sido eviscerados. No había ninguna otra relación, ni física, familiar o de edad. El caso, ante la mirada del comisario, comenzaba a mostrarse algo más retorcido que lo que los demás investigadores habían contemplado. ¿Acaso se trataba de un imitador? ¿El asesino de hacía varios años había regresado a sus viejos hábitos? ¿Por qué poner una fotografía de una víctima del pasado?

Esas y más eran preguntas que rondaban en su cabeza; y por más que le daba vueltas a cada una de ellas, parecían dejarle en el mismo lugar. Había pedido que se le enviaran un par de entrevistas que se habían hecho a amistades y a vecinos de la familia, pero tardarían un poco en llegar debido a que habían sido transferidos a otra comisaría años atrás.

En cuanto al hombre que sostenía la fotografía de la adolescente... Ese era otro de los muchos casos atroces que hacían de su trabajo algo único. El nombre del sujeto era Charles Freud, quien había sido hallado en un callejón cualquiera en la madrugada después de haber sido golpeado y eviscerado. Según el registro forense, la víctima había recibido fuertes golpes en el cráneo y el tórax, dejando como prueba una profunda laceración en la frente y cinco costillas fracturadas. Y, claro estaba, la notable herida en el abdomen por la que salían los intestinos.

Y era justo eso lo que más atención captaba el ojo del comisario: aquel corte hablaba mucho del asesino. Los patrones de corte, la precisión con la que se había realizado, indicaban que quien estaba detrás de aquel homicidio era un hombre metódico, y no un simple pandillero alcoholizado. Y esa pista le mostraba que había un inconcebible placer detrás de aquel sufrimiento, por lo que el asesino había gozado de la muerte de la víctima. Un posible caso de venganza. Se trataba de algo planeado.

Jeff se llevó una mano a la barbilla puntiaguda de su rostro, y trató de meterse aún más en la escena. Por el tipo de lesiones, comenzó a generar el patrón de cómo había sido golpeado. Cerró sus ojos, respiró profundo y se concentró. Debía ver lo que otros no veían; necesitaba ir más allá para poder solucionar aquel caso.

Pronto, todo comenzó a correr en su mente como si estuviera viendo una película.

Allí estaba Charles Freud, doblando en la esquina entre las calles Moliere y Davis. Según los análisis de sangre, el actuario

había ingerido drogas alucinógenas un par de horas antes de su muerte. Su paso sería lento y torpe, los pliegues de su larga gabardina marrón estarían rozando prácticamente el suelo. El hombre se dirigía hacia su hogar bajo el firmamento estrellado, sin sospechar lo que acontecería minutos más tarde.

No había alma alguna transitando las calles; serían aproximadamente las dos y media de la mañana. Charles vestía de forma elegante, seguramente estaba regresando de alguna fiesta (lugar donde habría consumido la droga). Se introdujo en una pequeña calle, bajó un par de escaleras, y cuando se disponía a doblar hacia su derecha, un fuerte golpe en su mandíbula le sorprendió. Sus gafas volaron por los aires mientras su cuerpo caía con fuerza al suelo. Posiblemente la laceración se originó en aquel momento, ya que por lo visto el atacante no había utilizado arma alguna (a excepción del arma con la que le había abierto el abdomen). Podría tratarse de algún vidrio en el suelo o un metal filoso cercano. El asesino se abalanzó sobre él y le golpeó repetidamente en la cara, mientras que Freud, en medio de su estado de éxtasis y somnolencia, trataba de defenderse sin éxito alguno. La fiereza del maleante y su implacable técnica hizo que Charles sucumbiera rápidamente ante la fuerza de este. Su mirada se enfocó en el asesino, una figura oscura y sin rostro que atacaba al actuario indefenso de forma implacable. Algo le hizo retroceder, posiblemente un golpe o patada por parte de la víctima.

Freud se levantó con esfuerzo, tratando de apoyarse en alguna pared u objeto cercano. Pero esa era la oportunidad perfecta para el asesino, quien no tenía por qué detenerse. Un conjunto repetido de rodillazos en el tórax provocó que las costillas del hombre se quebraran. El agresor tenía que saber alguna clase de arte marcial para provocar daños de tal magnitud.

Charles caía de nuevo al suelo, siendo derrotado por la tétrica silueta del homicida. Acontecería lo esperado en ese tipo de casos donde la venganza era el principal motivo de hechos

atroces: una breve y concisa plática entre el criminal y la víctima. Freud estaría pidiendo una segunda oportunidad, clamando entre lágrimas por misericordia y perdón. El asesino, ignorando las súplicas, sacaría de sus bolsillos un pequeño cuchillo y comenzaría a avanzar hacia el actuario. Este trataría de buscar refugio, pero lo único que tenía detrás de él era un gélido muro de ladrillos. Mientras el demente avanzaba, se pasaba el arma de una mano a otra y se deleitaba al ver el horror que había en los ojos de su víctima.

Jeff abrió los ojos lentamente, regresando a su habitación y al olor típico del café. Suspiró pesadamente y dirigió su mirada de nuevo hacia la información del caso, que yacía delante de él. Había mucho más detrás de este caso; estaba seguro de ello. Leyó un par de líneas más sobre la herida causada en el abdomen. Mostraba precisión, la herida era rectilínea (cosa que era poco usual) y se habían hallado residuos de lo que parecía ser pulpa de limón. El arma que se había utilizado no era una navaja, sino de una cuchilla afilada, similar o igual a un bisturí.

El oficial se llevó la mano al mentón y continuó analizando el caso. El eviscerar a un ser humano tomaba tiempo (y más con aquel corte), lo que indicaba que había placer por parte del asesino. Lo había hecho con minucioso tacto, llegando al culmen del éxtasis al producirle dolor a su víctima. Era eso lo que jamás había podido comprender, ¿Cómo algo tan inmoral podía dar tanto placer a un maniático?

Las imágenes regresaron a su cabeza en el instante en que cerró sus párpados de nuevo.

La mano oscura del hombre tapó la boca de Charles con una toalla para evitar que sus gritos fueran escuchados, mientras que la fría punta de la cuchilla amenazaba con abrir la piel de la víctima. Sin dar espacio a la incertidumbre, el asesino inició el rito con la primera incisión. Nada impidió que el arma cumpliera

con su labor, y la limpieza del atuendo que portaba Freud fue destruida por una delgada línea del color del vino que comenzó a expandirse rápidamente.

El actuario trató de proclamar su sufrimiento, pero la espesa tela realizaba su función a la perfección. Charles estaba paralizado por el miedo y el dolor, su cuerpo dejaba de responderle poco a poco. La débil luz eléctrica alumbraba la sádica escena. El objeto de plata recorría lentamente el abdomen de la víctima, quien se convulsionaba de dolor y emitía gritos sordos. Con un deleite extraño, el misterioso agresor abrió la piel del actuario dejando al descubierto sus órganos abdominales. Se había tenido un cuidado específico: el hombre evitó cortar más allá del peritoneo, produciendo un dolor inimaginable en Freud.

El equipo forense había hallado restos de pulpa de limón en el intestino delgado de la víctima, demostrando que el deamente había jugado con su víctima. Lo torturó de forma inhumana y gozó cada parte de su pequeño truco. Estaba muy claro: el hombre había sido asesinado por venganza. Una dulce, cruel y sádica venganza.

El comisario regresó las fotografías al escritorio. El hecho de imaginar la escena tan claramente le repugnó. Un ligero dolor de cabeza comenzaba a aparecer, así que tomó una pastilla que le habían recetado para la migraña. Se llevó ambas manos a su rostro, cerró sus ojos e hizo presión. Pequeñas arrugas se formaron en su frente, y comenzó a jugar con su cabello. Había sido un día pesado, y aún faltaban más por venir. Respiró profundo y trató de alejar su mente del trabajo.

Sabía que su esposa estaría esperándole en la cama, probablemente observando las noticias por televisión. Ella acostumbraba a hacer eso; pero había días en los que el sueño la vencía. Las clases que impartía drenaban su energía y la dejaban agotada para cuando la primera estrella se alzaba en el firmamento.

Si era así, la cena de Jeff le esperaba en un plato en la cocina, junto a alguna nota de su esposa. Y era eso lo que hacía que el comisario adorara a su mujer: era alguien considerada, y siempre tenía detalles con él.

Yautz sonrió mientras giraba su asiento para ponerse frente al monitor de su ordenador. No lo había utilizado en todo el día; sin embargo, la costumbre de encenderlo cada mañana le había hecho desperdiciar la energía de forma innecesaria. Se encogió de hombros y lo apagó. Una ola de cansancio recorrió su cuerpo mientras dirigía la mirada a la esquina inferior del monitor. Y antes de que la imagen se desvaneciera, pudo leer cómo el reloj marcaba las once y treinta y dos minutos.